

F. J. GONZÁLEZ GARCÍA
COORDINADOR

*Los pueblos
de la Galicia céltica*



·akal·

Akal / Universitaria

Serie Interdisciplinar

Director de la serie:
José Carlos Bermejo Barrera

Á. Arizaga Castro, X. M. Ayán Vila, R. Brañas Abad, P. Fábrega Álvarez, M. V. García Quintela, F. J. González García, A. González Ruibal, C. Parceró Oubiña y A. Teira Brión

LOS PUEBLOS DE LA GALICIA CÉLTICA

Coordinador:
F. J. González García

Diseño cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

© Los autores, 2007

© Ediciones Akal, S. A., 2007

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-3621-0

L'essential est invisible.
On ne voit qu'avec le coeur.
Saint-Exupéry

La diversidad es la que contribuye a hacer la vida más bella.
La uniformidad en los gustos no lleva a nada.
Mohammed Ibrahim Warsame «Hadrawi»

Presentación

Como coordinador de este libro, me corresponde identificar su génesis y a los diferentes autores para que el lector se pueda hacer una idea del ambiente intelectual en el que éste ha surgido. Los autores de la presente obra somos un grupo de historiadores y arqueólogos vinculados de formas diversas, afectivas o contractuales, con el Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe de la Universidade de Santiago de Compostela y el Laboratorio de Arqueoloxía da Paisaxe del Instituto de Estudios Gallegos Padre Sarmiento (Consejo Superior de Investigaciones Científicas – Xunta de Galicia), administrativamente vinculados por un convenio de Unidad Asociada. Ya hace años que en este contexto surgió una comunidad de ideas y concepciones sobre la interpretación histórica de ese periodo del pasado gallego que se conoce como Edad del Hierro, Cultura Castrexa, Protohistoria Reciente o Periodo Prerromano. Interpretación que, resumiendo mucho, consistía en aceptar como uno de sus componentes la consideración del factor céltico. Sobre esa base fue, precisamente, cómo se nos ofreció hacernos cargo del presente libro.

Los pueblos de la Galicia céltica es un intento de interpretación histórica del último milenio antes de Cristo en el sector noroeste de la Península en clave céltica. Interpretación que, sin embargo, intenta desvincularse de las visiones celtistas tradicionales. Desde estas páginas no se defiende, por tanto, la existencia, en la Edad del Hierro, de una Galicia étnicamente monolítica, única y exclusivamente celta, sino de una Galicia plural, ocupada por poblaciones de lengua celta y otras de lengua no celta, en la que, sin embargo, el peso y la influencia de lo céltico resultan manifiestos y, por ello, deben ser tenidos en cuenta a la hora de interpretar el pasado.

Partiendo de este presupuesto, los capítulos del libro se ordenan siguiendo un recorrido que lleva de lo imaginario a lo imaginario pasando por lo concreto y lo real. Me explico. La obra se abre y se cierra con dos capítulos dedicados, respectivamente, a analizar la imagen que los eruditos se han hecho sobre la época prerromana, centrándose fundamentalmente en el tema del celtismo y al estudio que el imaginario campesino, popular, se ha hecho de ese mismo pasado. Entre ambos capítulos, el lector encontrará expuestos los datos arqueológicos, históricos y reli-

giosos que nos permiten comprender a la sociedad galaica del primer milenio antes de Cristo. En esos capítulos centrales se expone la evolución de las formas de asentamiento, la ocupación del territorio y las formas de subsistencia de las sociedades del Hierro del noroeste de la Península, su cultura material, contemplada a través de la vida social que han tenido sus producciones artesanales y artísticas, sus formas de organización político-social y sus creencias religiosas.

Como apéndice se incluye una relación de los distintos pueblos, conocidos a través de las fuentes literarias y epigráficas, que habitaron en el noroeste de la Península durante la Edad del Hierro y un mapa con la ubicación aproximada de los mismos.

Para que el lector se mueva con mayor comodidad por la amplia bibliografía de la obra, hemos incluido, al final de la misma, un Comentario bibliográfico en el que se recomiendan los títulos que, según los autores, son más útiles para profundizar en los distintos temas.

F. J. González García

Santiago de Compostela, mayo del 2005

Han participado en la presente obra como autores de los distintos capítulos:

Álvaro Arizaga Castro

Arqueólogo. Licenciado en Historia por la Universidade de Santiago de Compostela. Becario predoctoral del Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe de la Universidade de Santiago de Compostela.

Xurxo M. Ayán Vila

Arqueólogo. Licenciado en Historia por la Universidade de Santiago de Compostela. Becario predoctoral del Laboratorio de Arqueoloxía da Paisaxe del Instituto de Estudios Gallegos Padre Sarmiento.

Rosa Brañas Abad

Historiadora. Doctora en Geografía e Historia por la Universidade de Santiago de Compostela.

Pastor Fábrega Álvarez

Arqueólogo. Licenciado en Historia por la Universidade de Santiago de Compostela. Becario predoctoral del Laboratorio de

Arqueoloxía da Paisaxe del Instituto de Estudios Gallegos Padre Sarmiento.

Marco V. García Quintela

Historiador. Doctor en Geografía e Historia por la Universidade de Santiago de Compostela. Profesor titular de Historia antigua en la Universidade de Santiago de Compostela. Director del Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe de la Universidade de Santiago de Compostela.

Francisco Javier González García

Historiador. Doctor en Geografía e Historia por la Universidade de Santiago de Compostela. Investigador contratado (Programa Parga Pondal de la Xunta de Galicia) del Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe de la Universidade de Santiago de Compostela.

Alfredo González Ruibal

Arqueólogo. Doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Becario postdoctoral en la Universidad de Stanford (California, Estados Unidos).

César Parcero Oubiña

Arqueólogo. Doctor en Geografía e Historia por la Universidade de Santiago de Compostela. Científico titular del CSIC, Instituto de Estudios Galegos Padre Sarmiento.

Andres Teira Brión

Arqueólogo. Licenciado en Historia por la Universidade de Santiago de Compostela. En la actualidad compatibiliza su actividad profesional como arqueólogo con la realización de su tesis doctoral.

I

Celtismo e historiografía en Galicia: en busca de los celtas perdidos

Por Francisco Javier González García

Los celtas y Galicia: ¿un caso de desdoblamiento colectivo de personalidad?

La presencia de lo celta en la sociedad gallega de inicios del siglo XXI parece un hecho indudable. Vivimos inmersos en un mundo en el que el término celta nos asalta a diario, hasta tal punto que ya forma parte de nuestra existencia cotidiana. Su presencia dentro de nuestra sociedad se explica, para la gran mayoría de los gallegos, como el resultado de nuestra más remota historia (o, mejor, protohistoria). En Galicia pervive lo celta porque Galicia es un país celta. Este planteamiento que acabo de expresar se puede considerar como el punto de vista que con respecto a lo celta comparten, en la actualidad, una inmensa mayoría de gallegos.

Frente a esta opinión mayoritaria, otro punto de vista niega importancia al componente celta en Galicia. Se trata de un planteamiento mucho más minoritario y cuyo conocimiento y difusión se restringe, en la inmensa mayoría de los casos, a los círculos de especialistas y aficionados al estudio de la protohistoria gallega. Esta segunda posición apenas llega a conocimiento del gran público gallego y, cuando lo hace, creemos que le debe resultar bastante sorprendente^[1].

Al mismo tiempo, y junto a estos planteamientos anticeltistas, ciertos sectores de la más reciente investigación arqueológica e histórica gallega realizan una defensa del componente céltico dentro del pasado histórico y también, por supuesto, del presente de Galicia.

Parece, en conclusión, que, con respecto a los celtas y a lo celta, la Galicia actual sufre un desdoblamiento de personalidad. De tal modo que, en nuestros días, la investigación sobre la protohistoria gallega vive sumida en esta dualidad, en esta oposición entre celtistas y anticeltistas. Un buen ejemplo de esta situación nos lo ofrece el suplemento dominical «Los domingos de la Voz» publicado con *La Voz de Galicia* el 25 de noviembre de

2001 bajo el título «¿Somos celtas los gallegos?». El estado actual de la cuestión queda bien ejemplificado en las opiniones que, en dicha publicación, manifiestan Antonio de la Peña Santos y Blanca García Fernández-Albalat: mientras que el primero niega cualquier peso e importancia al componente céltico, tanto en el pasado como en el presente gallego, para la segunda, en cambio, en Galicia todo es celta, desde la cultura castreña hasta el folclore actual (*La Voz de Galicia*, 25-11-01: 8).

El presente trabajo aspira, precisamente, a explicar y, en la medida de lo posible, superar dicha dualidad. Para ello, se procederá a la realización de un análisis del papel jugado por los celtas dentro de la historiografía gallega de los siglos XIX y XX, con la finalidad de intentar aclarar el uso que de los celtas y lo celta se ha hecho en el pasado y se hace en el presente y, al mismo tiempo, intentar delimitar en su justa medida el alcance del componente céltico dentro de la protohistoria gallega. Considero, además, que la presente investigación resulta necesaria como consecuencia de que el actual panorama historiográfico gallego está totalmente huérfano de un estudio de este tipo. Existen algunos trabajos extensos sobre este tema pero, por desgracia, permanecen inéditos y fueron elaborados hace ya algún tiempo (Vieites Torreiro 1987) o, como sucede con la monografía realizada por Díaz Santana (2002), se centran, tras realizar una revisión general del tema, en aspectos muy concretos de la misma, sesgando, así, el estudio historiográfico general. La mayoría de las publicaciones dedicadas a esta cuestión en fechas más recientes son, en lo fundamental, breves trabajos dedicados a temas puntuales o revisiones rápidas o superficiales de la misma (véase, por ejemplo, Juega Puig 1996; Armada Pita 1999; Pereira González 2000c; Díaz Santana 2001b). Se echa en falta, por tanto, un estudio monográfico general de largo alcance temporal que aborde el estudio historiográfico del celtismo. Con esta finalidad, precisamente, he redactado las presentes páginas.

El concepto clásico de celta: de la barbarie a la exaltación

La imagen moderna y contemporánea del celta deriva, en última instancia, de las noticias que con respecto a este pueblo nos ofrecen las fuentes antiguas. Las noticias de los autores griegos y romanos sobre los celtas se encuadran dentro de lo que la investigación, siguiendo a Dauge (1981, n. 27, p. 9) ha denominado como «barbarología» o estudio del «bárbaro». Se trata de una

aproximación etnográfica realizada desde un sentimiento de superioridad de griegos y romanos con respecto a los celtas, sentimiento implícito ya en el propio término «bárbaro», y que, además, presenta una considerable carga racista (Isaac 2004). Esta consideración general explica en gran medida la idea griega de los celtas como filohelenos, es decir, como un pueblo que estaba en camino de librarse de la barbarie como consecuencia de la influencia griega (Hatt 1984, p. 80); imagen que, por otra parte, deriva del superficial conocimiento que sobre dicho pueblo tuvieron los griegos, pese a la existencia de contactos directos entre ambos (Hatt 1984, pp. 80-86), hasta el inicio de las conquistas romanas de los territorios célticos (Momigliano 1988, pp. 100-101). Frente a esta opinión griega, los romanos siempre los consideraron como un pueblo hostil y salvaje; prueba de ello es que los celtas son, junto con los germanos, los pueblos que, dentro de la tipología romana, han sido calificados con más frecuencia como bárbaros, como la encarnación de la *feritas* y de la *ferocia*, de la irracionalidad y de todos aquellos componentes que, para los romanos, implicaban la negación de la civilización (Dauge 1981, pp. 477-478).

Las noticias griegas más antiguas, aquellas que se datan de entre fines del siglo VI a.C. y la época helenística^[2], establecen ya las directrices generales del esquema a través del que los griegos percibirán a los celtas como un pueblo occidental y, como consecuencia del clima en el que viven, belicoso (Gómez Espelosín 2004, p. 214), si bien, en ellas, también se aprecia al mismo tiempo cierta idealización del celta, en tanto que bárbaro que habita los confines de la tierra y asimilable, por ello, a los míticos hiperbóreos (Marco Simón 2000, p. 146). Las informaciones que nos ofrecen dichas noticias mejoran a partir del siglo IV a.C., como consecuencia de la violenta irrupción gala en Italia y del saqueo de Roma y, sobre todo, a partir de inicios del siglo III a.C. debido a la irrupción de los celtas en territorio griego. No obstante, pese a que el conocimiento que de los celtas tuvieron los griegos se fue haciendo mucho más consistente, éste nunca llegó a tener un «grado admisible de objetividad» (Gómez Espelosín 2004, p. 220) y sólo gracias a las conquistas romanas en Occidente, los griegos alcanzaron un conocimiento más directo de la realidad céltica, tal como se manifiesta en las obras de Polibio y Posidonio. A partir de este momento comenzaron a delimitarse los contornos del territorio celta, la *Céltica*, que pasó a ocupar un lugar real «dentro del mapa mental, geográfico y

etnográfico, del mundo habitado que imperaba en el imaginario griego» (Gómez Espelosín 2004, p. 221). Pese a esta mejora, la realidad celta que describen estos autores griegos no derivaba de la observación directa de las características del pueblo observado y de los valores del mismo, sino que era el producto directo de la ideología y de la lógica cultural de estos autores helenos. Como consecuencia de ello, sus descripciones no reflejan «con exactitud minuciosa y objetiva, exenta completamente de prejuicios, la forma de vida y los comportamientos de los denominados grupos célticos» (Gómez Espelosín 2004, p. 222), sino que, en muchos casos, constituyen una descripción tópica que también aparece en autores posteriores tanto latinos como griegos, como César o Estrabón, y que, en general, nos ofrece «un estereotipo casi estático y recurrente que prescinde por completo de la dinámica propia de la historia real y presenta una instantánea fija compuesta por tópicos repetitivos y llena de sinsentidos y contradicciones, acorde con la visión griega tradicional de los otros» (Gómez Espelosín 2004, p. 235). En dicha imagen del celta resaltan, fundamentalmente, su ferocidad, su incultura, su inmensa talla, que le confiere un aspecto monstruoso, su fuerza bruta, su desprecio hacia cualquier forma de derecho y su marginalidad geográfica con respecto al mundo grecorromano. Se trata, en definitiva, de la inversión del modelo humano ideal grecorromano (Marco Simón 1993a, pp. 151 ss.; Ruiz Zapatero 2001, pp. 79-84).

El resurgir de los celtas se producirá a partir del Renacimiento, momento en que se lleva a cabo la recuperación de los textos clásicos. Con anterioridad, durante la Edad Media, los celtas fueron un pueblo más entre los mencionados por los textos grecolatinos, que, al igual que le ocurrió a la mayoría de los pueblos paganos, fueron introducidos dentro del relato histórico de la raza humana que deriva del Génesis bíblico y que, a partir de entonces, se combinó con noticias tomadas de autores antiguos como Flavio Josefo, Orosio, Eusebio de Cesarea o San Jerónimo (Oróstegui y Sarasa 1991, pp. 47-48).

Los celtas, por tanto, reaparecieron en la historiografía europea a partir del siglo xv y lo hicieron dentro de un contexto general que podemos considerar marcado por la búsqueda, en los distintos reinos europeos, de antepasados prestigiosos para las distintas monarquías, ciudades o pueblos, pues «el testimonio de antigüedad era considerado como la mejor fundamentación de la realidad presente» (Villares Paz 2001b, p. 541). En esta bús-

queda de antepasados prestigiosos, los celtas, como consecuencia de su frecuente mención e importancia dentro de los textos clásicos, estaban llamados a ocupar un lugar importante^[3]. Fue así como los celtas comenzaron a aparecer como antepasados de distintos pueblos europeos en las obras de algunos autores el siglo XVI, tal como sucede, para el caso de Escocia, en la *Rerum Scoticarum Historia* de George Buchanan (Collis 2003, pp. 27 ss.) o, en Francia, en la obra de Guillaume Postel, para quien los galos, los celtas, eran los descendientes de un nieto de Noé: Gomer (Pereira González 2000c, p. 317). Dichas obras, por tanto, señalaron el inicio de las investigaciones célticas en la Europa moderna, línea de trabajo que tuvo su culminación en Francia a inicios del siglo XVIII con Paul-Yves Pezron y su *Antiquité de la nation et de la langue des celtes autrement appelés gaulés* (1703), en la que se establece la creencia de los celtas como pueblo matriz y se afirma que Francia fue la cuna de la raza y la lengua gala que, desde allí, se habría difundido por el resto de Europa (Villares Paz 2001b, p. 542; Collis 2003, pp. 47-49). En su argumentación, Pezron retomaba el origen gomeriano de los celtas (Barreiro Fernández 1988, p. 61) que ya había sido defendido por Postel.

El influjo de Pezron, junto con la coincidencia en la búsqueda de antepasados célticos para la población de las islas británicas que ya vimos que se había iniciado con Buchanan, explica el desarrollo de los estudios célticos en Gran Bretaña, cuyo ejemplo más destacado en esta época nos lo ofrece la *Archaeologia Británica* (1707) de Edward Lhuyd, obra en la que se ponen de manifiesto las similitudes existentes entre las distintas lenguas célticas contemporáneas y la lengua hablada por los galos antiguos, acuñando, además, la denominación de «célticas» para todas ellas, término que conoció una rápida difusión en las islas, tal como lo demuestra el hecho de que, en pocos años, otros autores como Henry Rowlands y William Stukeley ya la estaban utilizando en sus obras (James 1999, pp. 47 ss.; Collis 2003, pp. 49-52). A este último autor podemos responsabilizarlo de haber establecido el puente entre estos celtas, sólo atestiguados, hasta el momento, lingüísticamente y a través de las fuentes antiguas, y el registro arqueológico, pues fue él quien, por primera vez, vinculó todos los monumentos británicos anteriores a época romana con los celtas (Schnapp 1996, pp. 212-218; Ruiz Zapatero 2001, p. 84), siendo también el responsable de la asociación entre megalitos y celtas y de la conversión del tema del druidismo, cono-

cido ya desde el siglo XVI en obras como la de Postel, en uno de los elementos centrales del celtismo.

El celtismo, así constituido, arraigó, a lo largo del siglo XVIII, tanto en Francia como en las islas británicas, convirtiéndose en la explicación corriente del pasado de ambos territorios. Testimonios de esta difusión del celtismo en ambos países nos los ofrecen, por ejemplo, en Francia las obras de Falconet (*Dissertation sur les principes de l'etymologie par rapport a la langue française*, 1753) o La Tour d'Auvergne (*Origines gauloises, celles des plus anciens peuples de l'Europe* de 1796) quien promovió, en Francia, la vinculación romántica entre celtas y druidas, siendo la culminación de dicha situación la fundación, en 1804, de la Academia céltica francesa; por su parte, para Gran Bretaña podemos mencionar los trabajos de autores como Edward Davies (*Celtic researches on the origin, traditions and language of the ancient Britons, with introductory sketches on primitive societies* de 1804). Junto a estos argumentos «científicos», también se puede responsabilizar al romanticismo del enraizamiento del celtismo en Europa como explicación del pasado más remoto (Chapman 1992, pp. 120 ss.). En este sentido, debemos mencionar la influencia ejercida por el *Ossian* de Macpherson, que provocó imitaciones en distintos países europeos o el posterior influjo de la novelística de Walter Scott sobre toda la producción de novela histórica europea decimonónica^[4].

La importancia alcanzada por los celtas como elemento a partir del cual explicar el pasado de las naciones europeas y que, además, permitía enraizarlo con el mundo antiguo, explica la difusión del celtismo a otros países europeos, como es, por ejemplo, el caso de España, donde, como veremos, fue introducido por Masdeu en su *Historia crítica de España y de la cultura española en todo género* de 1784, responsable, en última instancia, de la aparición y posterior creación del celtismo gallego decimonónico.

Por lo que respecta a los estudios célticos, el siglo XIX se caracterizó, en Europa, por la creación y aplicación de un método científico de estudio lingüístico, gracias al desarrollo de la lingüística comparada en Alemania, con autores como Rusk, Bopp o Zeuss, que vino a poner fin a muchas de las fantasías de la lingüística desarrollada en los siglos anteriores (Collis 2003, pp. 53 ss; Renfrew 1990, pp. 17-24; y, en general, Poliakov 1987, pp. 289 ss.; Olender 2001). De este modo, se produjo la asimilación entre los celtas de las fuentes antiguas y los hablantes de ese

grupo de lenguas europeas emparentadas que, desde el siglo XVIII, habían venido siendo designadas como celtas (Ruiz Zapatero 1993, p. 30), denominación que, a partir de este momento, se conservó, pero dotándolo ya de una base científica mucho más sólida.

Vemos, por tanto, cómo se unieron dos de los elementos fundamentales sobre los que se asienta la concepción clásica de celta: la información de las fuentes antiguas y la evidencia lingüística. Para llegar al pleno desarrollo de dicho concepto sólo faltaba la integración de un tercer elemento: el componente arqueológico, si bien, en este caso y al igual que vimos que había sucedido dentro del ámbito de la lingüística, los argumentos arqueológicos tenían que librarse de los excesos celtistas de los siglos anteriores, como, por ejemplo, la vinculación entre celtas y megalitos que, como vimos, habían establecido autores como Stukeley.

La introducción de elementos arqueológicos a la hora de reconstruir el pasado llevaba aparejada la necesidad de que la arqueología se constituyese como una fuente de conocimiento científico, para lo cual debía liberarse de las explicaciones religiosas, fundamentalmente bíblicas, sobre el pasado más remoto de la humanidad y del simple gusto por el anticuarismo que, hasta inicios del siglo XIX, había venido rigiendo los destinos de la incipiente arqueología (Trigger 1992, pp. 77 ss.; Schnapp 1996, pp. 275 ss.). Esta situación es la que explica que en obras del primer tercio del siglo XIX, como, por ejemplo, la *Histoire des gaullois* (1827) de Amédée Thierry, no se haga uso de la evidencia arqueológica y únicamente se recurra a las evidencias lingüísticas, a las fuentes clásicas y a la cronología bíblica (Collis 2003, p. 63).

Los inicios de la arqueología céltica seria se establecieron a partir del primer tercio del siglo XIX, lo que, en primer lugar, permitió acabar con la antigua vinculación entre celtas y megalitos. En dicho proceso jugaron un papel fundamental las excavaciones de las tumbas del valle del Rin, descubiertas entre 1830 y 1840, las excavaciones de Hallstatt iniciadas en 1848 y las de La Tène en 1856, con cuyos datos, junto con los de otros yacimientos, se procedió, a partir del segundo tercio del XIX, a sentar las bases del estudio arqueológico de la primera Edad del Hierro. A partir de 1863 comenzó a dotarse de contenido el concepto arqueológico de celta, gracias a la atribución, por parte de Franks, de material de la Edad de Hierro tardía (laténico) a dicho pueblo.

Este concepto alcanzaría su mayoría de edad en 1874, cuando Hildebrand propuso dividir la Edad del Hierro europea en dos periodos, Hallstatt y La Tène (Ruiz Zapatero 1993, pp. 33-35; Ruiz Zapatero 2001, pp. 86-88), a los que consideraba como dos estilos distintos cuya difusión fue un fenómeno paneuropeo. Posteriormente, Désor establecería que se trataba de dos culturas arqueológicas distintas y, por tanto, procedió a dividir la Edad del Hierro en un fase antigua (Hallstatt) y otra reciente (La Tène) (Collis 2003, p. 75). A partir de este momento, la investigación arqueológica sobre la Edad del Hierro se centró, a través del desarrollo de la estratigrafía como método para establecer una secuencia cronológica y en el refinamiento de los estudios tipológicos, en precisar la evolución de estas dos culturas arqueológicas. De este modo, Tischler llegó a establecer, en 1885, la existencia de tres fases distintas dentro de la cultura de La Tène, línea de trabajo que se fue depurando a lo largo de las dos décadas siguientes, tal como lo demuestran las diferentes etapas establecidas por Reinecke y Déchelette para las culturas de Hallstatt y La Tène (Collis 2003, pp. 76-80; Ruiz Zapatero 1993, pp. 40-41).

Muchas de estas innovaciones arqueológicas pasaron a ser integradas, en mayor o menor medida según los autores, en las síntesis históricas que, sobre los celtas, se elaboraron a lo largo del siglo XIX, las cuales, a su vez, iban a influir sobre los futuros avances de la investigación arqueológica. Esta integración de elementos arqueológicos ya se aprecia, en el caso francés, desde los primeros trabajos de Henri d'Arbois de Jubainville (1827-1910), si bien su uso de material arqueológico todavía era muy limitado y sus argumentaciones se basaban, sobre todo, en el material de las fuentes antiguas y en las tradiciones mitológicas insulares, gracias a los que llegó a definir la existencia de una gran «nación céltica» europea que se extendería desde la península Ibérica hasta la islas británicas y desde el norte de Italia y Grecia hasta el norte de Francia y Bélgica (López Jiménez 2001, pp. 78-80). La incorporación de materiales arqueológicos se acentuó en el trabajo de otros autores, como Alexandre Bertrand (1820-1902), y alcanzó su mejor plasmación en la *Histoire de la Gaule* de Camille Julian (1859-1933), inmensa obra de síntesis, dirigida al gran público, en la que se presentaba la visión decimonónica sobre los celtas y que se constituyó en la versión oficial francesa sobre los celtas durante gran parte del siglo XIX. El fruto directo de estos trabajos radicó, precisamente, en la deli-